



Capitán S. A. Duse.

### CAPITULO XIII

#### *Espera.—Edificamos una choza de invierno*

**D**ÓNDE se encontraba el «Antártico»?  
¿Había encontrado, Larsen, un camino por la parte exterior de la isla de Joinville, ó había tropezado con el hielo compacto, obstáculo impenetrable para el buque?

Por lo visto, nadie había visitado el depósito mientras nosotros realizamos el viaje en trineo, pero si el camino del este no estaba cerrado, podíamos esperar tranquilamente que regresara el barco de un día á otro.

Tal vez llegaría mientras estuviésemos durmiendo, y Haslum, si fuera él quien desembarcara primero, tendría el placer de sorprendernos metiendo la cabeza por la abertura de nuestra tienda, dándonos los «buenos días».

Levantamos la tienda grande y nos instalamos en ella del mejor modo posible. La tienda pequeña del trineo debía servirnos para otros menesteres.

Una vez instalados decidimos distribuir las horas de otro modo, durmiendo de noche y trabajando de día. Entre las oscuras lomas sin nieve no había que temer la luz del sol, y á media noche comenzaba el crepúsculo que cada vez era de mayor duración. Duse hubiera podido efectuar allí importantes trabajos cartográficos, si no hubiésemos tenido la desgracia de perder la pequeña mesa de trabajo durante la tormenta de nieve del 9 al 11 de enero. Tuvo, pues, que contentarse con hacer un esbozo de mapa, el cual, no obstante, da una idea precisa de nuestros reducidos dominios, y á cuya ensenada, él mismo, más tarde, durante los encapotados días, cuando fijábamos nuestro pensamiento en un porvenir más halagüeño que levantaba nuestro abatimiento, dió el nombre de bahía de la Esperanza.

Además, Duse se dedicó á estudiar las costumbres de las aves que pululaban alrededor de nuestra vivienda. Acompañado de Grunden dedicóse á cazar gaviotas dominicanas y blancos osífragos. Con sin igual maestría arregló muchos fardos de pieles de pájaros bobos, las cuales pensaba llevarme á casa como recuerdo de tan largos días de espera. No llegué á utilizarlas para tapizar las paredes de mi querida casa de Suecia, porque hubimos de aprovecharlas para otros usos domésticos antes de abandonar aquellos desiertos.

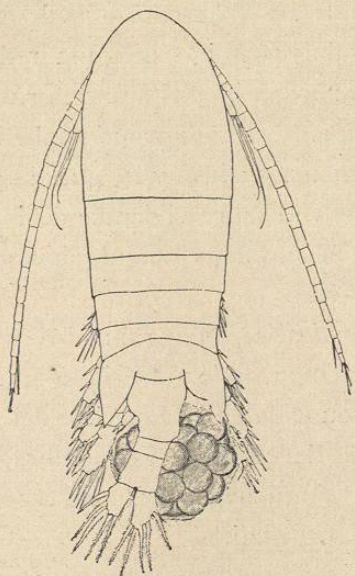
Tuve la suerte de hacer en seguida raros hallazgos zoológicos y geológicos, los cuales durante las primeras semanas me dieron bastante trabajo. Ya cuando por primera vez me encaminé al pequeño lago en busca de agua vi en él numerosos ejemplares de un diminuto animal cangrejero (*copépodo*), que fué el primero de esta clase que observamos en el territorio sudpolar propiamente dicho. No llevaba conmigo ninguna red, de modo que tuve que pescar los animalillos uno por uno con un cucharón. El pequeño tubo que contenía los cangrejeros era verdaderamente curioso y lo guardamos cuidadosamente en nuestra oscura vivienda de invierno, y luego lo llevamos con nosotros cuando hicimos el viaje en trineo á Snow-Hill.

Estos *copéodos* fueron examinados más tarde por el doctor Sven Ekman, quien averiguó que pertenecían á la especie ya conocida en la América del Sur, Australia y en la isla de Kergelen, con el nombre de *boeckella*, y que se parece singularmente á otra especie patagónica clasificada por B. Entzii.

Yo, al día siguiente de nuestro regreso del viaje en trineo, encontré en mi primera excursión geológica, en un bloque de piedra, un ejemplar algo confuso de una aspidia petrificada. Este hallazgo me animó á seguir mis exploraciones, y bien pronto reuní en la tienda una pequeña colección de piedras con abundantes impresiones de aspidias cicádeas y coníferas. Entonces me convencí de que había descubierto la flora fósil de la época jurásica, que constituía una completa novedad para el estudio del territorio sudpolar y de suma importancia para el conocimiento del clima prehistórico de la tierra.

Los días transcurrían lentamente y anhelábamos en-

contrar nuevos restos de vegetales petrificados. Pero las marchas sobre aquellas lomas cubiertas de puntiagudas piedras deterioraban notablemente nuestros zapatos, á pesar de que, cuando dejamos el buque, habían sido remendados con fuertes suelas sólidamente claveteadas. Entonces me acordé de una frase que se le ocurrió á mi

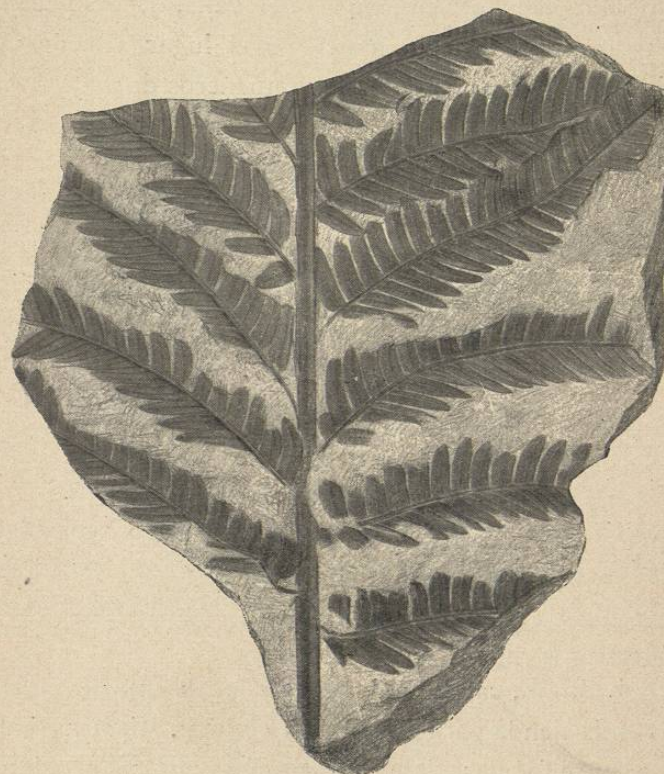


Boeckella vista al microscopio.—Bahía de la Esperanza.

antiguo amigo Koltkoff, durante la expedición al Polo Norte de 1898, cuando trabajábamos en un estéril territorio: «—Esto es como andar sobre un montón de botellas rotas.»

Las medias suelas y tacones pronto se echaron á perder por completo, las alzas llenáronse de agujeros y se desprendieron del cuero. Durante las excursiones geológicas gasté mis zapatos más pronto que mis compañeros, pero á últimos de febrero estábamos los tres medio descalzos.

Durante la construcción de nuestra vivienda de invierno andábamos con las suelas agujereadas, y la nieve y el frío penetraban á través de las medias sucias y gastadas, helándonos los pies. Para no tener que pisar con



Cladophlebis.

De la flora jurásica en la bahía de la Esperanza.— $\frac{1}{2}$  de su tamaño natural.

el pie desnudo, cada mañana nos atábamos con cordeles á los tobillos plantillas de cuero de foca.

No dejaba de ser cómico el detalle de que pronto podríamos cortarnos las uñas de los pies sin necesidad de descalzarnos. La broma quizá parezca algo pesada, pero hay que tener en cuenta que nuestra situación no tenía

nada de ligera. Era de todas maneras un pequeño detalle de nuestro período calamitoso.

A cada momento esperábamos el regreso del «Antártico». Cuando el 31 de enero salimos para hacer una excursión hacia el ventisquero del valle, dejamos en el campamento un escrito indicando el lugar adonde nos dirigíamos por si llegaban los compañeros durante nuestra ausencia.

Otro día, al regresar á la tienda después de una excursión que verifiqué para recoger fósiles, caminaba entre una neblina muy espesa que se extendía sobre el estrecho, cuando de repente observé algo que me obligó á pararme. Entre el tupido velo de la niebla creí ver la silueta tan conocida del «Antártico»: era su mismo casco y sus altos mástiles. Pero en seguida se espesó de nuevo la neblina y el buque desapareció ante mi vista. Corrí hacia el campamento para avisar á mis compañeros, y lo hice con tanta solemnidad, que se quedaron buen rato parados conmigo sobre una pequeña loma, cerca del campamento, mirando inútilmente, en espera de que pudiésemos ver algo.

Por último, cansados y perdida la esperanza, entramos en la tienda para preparar la comida. Mientras tanto la niebla se fué despejando, y entonces nos convencimos de mi equivocación. Lo que me había parecido entre la densa niebla tan claro como el «Antártico», era únicamente el perfil borroso de una gran montaña de hielo en forma de bancal, que se hallaba fuera del estrecho delante de nuestra bahía. A menudo subíamos sobre el hielo de tierra interior, donde gozábamos de una extensa vista, tanto hacia el norte por la parte del estrecho de Bransfield, como hacia el sur en el interior del golfo.

El estrecho del «Antártico» se limpió de hielo durante el mes de enero, de modo que á primeros de febrero estaba casi despejado hasta cerca de la isla de Rosamel, pero á la entrada del golfo cambió de repente el estado del mar. El 30 de enero, así como el 3 y el 6 de febrero, encontrábase la isla de Rosamel rodeada de agua libre, extendiéndose en ancha faja hacia el golfo; mas el día 10, el 17 y el 20 de febrero, estaba la parte meridional del estrecho nuevamente llena de hielo compacto, que el 23 volvió á desaparecer, avanzando las aguas como antes en dirección al golfo.

El 3 de marzo volvió Grunden de su paseo hacia la tierra interior, con la noticia de que, hacia el golfo, por lo que él pudo ver, no había hielo alguno; mas diez días después habíase formado otra vez en la parte meridional del estrecho. Probablemente se producían estos repetidos cambios alrededor de la isla de Rosamel, por la presencia de nuevas masas de hielo, procedentes del estrecho del «Antártico» y arrastradas desde el golfo durante la notable disgregación que en él se había verificado (\*).

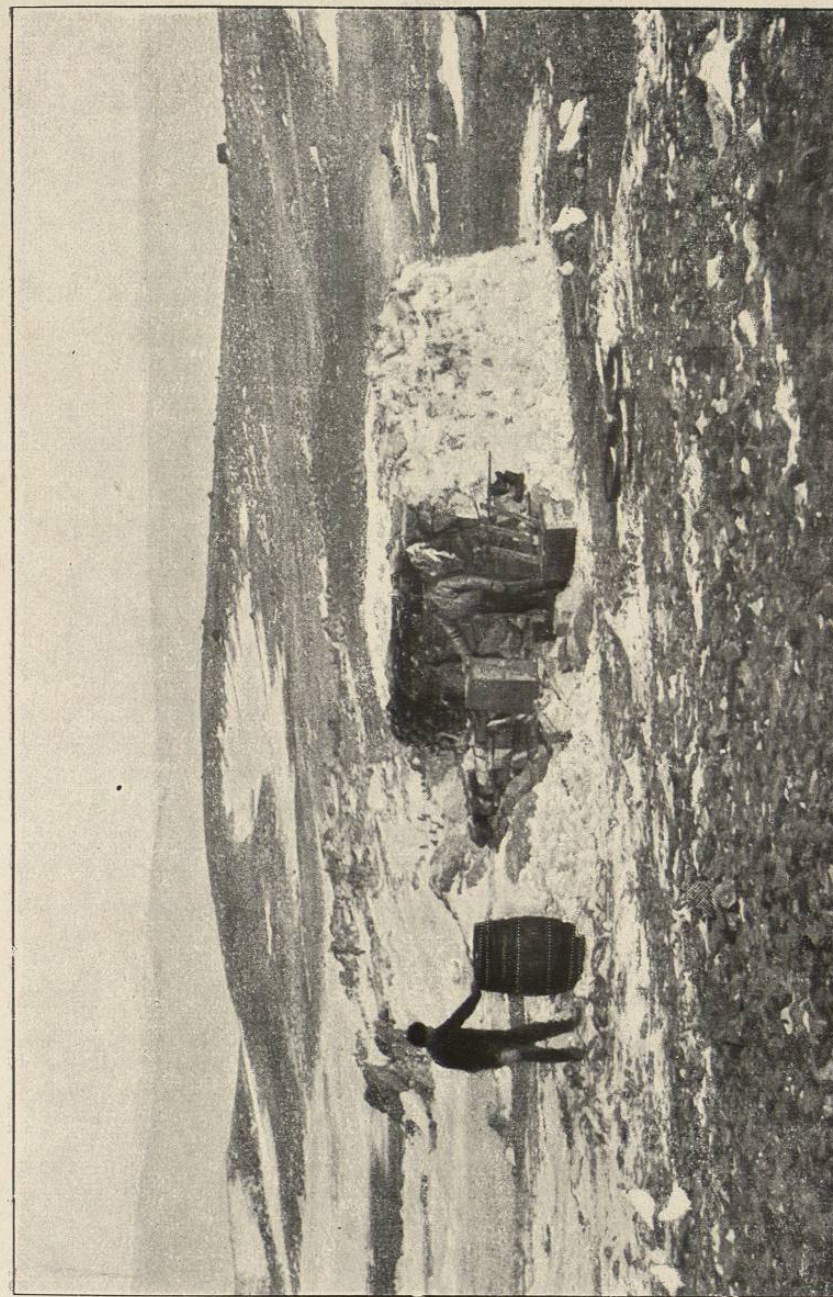
A cada cambio del hielo flotante variaban nuestras conjeturas sobre la suerte del «Antártico.» ¿Habría tenido que retroceder forzosamente en su camino, ó vendría victorioso y empavesado del sur, con Nordenskjöld y sus compañeros á bordo, en busca nuestra? Desde las lomas del campamento vimos á veces dibujarse extrañas siluetas hacia la isla de Urville. Había allí numerosos glaciares, cuya posición cambiaba con el viento y las corrientes.

(\*) En esta relación hay que advertir que al acabar el mes de febrero perdimos el cálculo de fecha. No teníamos almanaque y no pudimos ponernos de acuerdo si el 1903 era ó no bisiesto. Sin embargo, con el objeto de contar con un día más, aguardando al «Antártico», votamos que era bisiesto. Los datos que se consignan aquí están ya corregidos.

Cuando la niebla variaba de densidad, se elevaba ó desaparecía, divisábanse sombras y reflejos del sol que corrían sobre las masas de hielo, fingiendo materialmente la forma de un buque que venía hacia nuestro refugio.

A pesar de todas nuestras ilusiones transcurrieron los días y las semanas sin que regresara el «Antártico». Obligados á invernar en aquel inhospitalario territorio, pensamos seriamente en el porvenir. Contábamos solamente con las dos tiendas, que nos ofrecían insuficiente abrigo, y una cantidad escasa de provisiones. En estas circunstancias nos sorprendería el invierno polar, que se acercaba á pasos agigantados. Únicamente la Naturaleza debía proporcionarnos los más sencillos medios para conservar nuestras vidas: la comida y el combustible. En cuanto al plan de trabajo para la construcción de una cabaña de invierno estuvimos bien pronto de acuerdo. Construiríamos las paredes con bloques de piedra hasta la altura de un hombre, y para la techumbre emplearíamos las tablas del trineo y cuantas maderas pudiéramos utilizar como material de construcción.

El 11 de febrero empezamos ya la tarea de acarrear algunas piedras, más bien como pasatiempo y para encontrarnos más tarde con ese penoso trabajo realizado. Dos días después hizo Grunden unas parihuelas con dos palos de la tienda y algunos trozos de tablas, las cuales nos sirvieron, alternando dos de nosotros, para transportar los bloques de piedra que arrancábamos del campo inmediato, ya algo helado. El día 17 teníamos material suficiente para las paredes de más de un metro de espesor en su base y que iban aumentando de día en día su altura, rellenando los resquicios y aberturas con arena y



La choza de invierno en la bahía de la Esperanza.



Otozamites.  
De la flora jurásica en la bahía de la Esperanza.—Tamaño natural.